

LA VIDA EN CRISTALITA

Soy el pueblo Cristalita. Los aldeanos decidieron llamarme así por el agua tan pura y cristalina de mis ríos que fluyen desde las montañas hasta llegar a los arroyos más limpios que jamás has podido imaginar.

Durante un tiempo permanecí casi deshabitado, hasta llegué a pensar que podía desaparecer, “! nadie me iba a conocer y mucho menos a visitar ”! pero lo peor de todo era ver como mis monumentos y las casas de los vecinos caían en ruinas día tras día.

Me resultaba desolador pensar que cientos de vecinos podían marcharse del pueblo a la ciudad en busca de un lugar mejor.

La vida en Cristalita es maravillosa, gente bondadosa, entregada a su trabajo y en la ayuda a cualquier vecino que lo pueda necesitar.

Un buen día, Lorenzo, el alcalde de Cristalita, convocó a sus vecinos en una reunión. Acudieron casi todos, excepto Mariano, el párroco del pueblo que en esos momentos se encontraba en el extranjero de expedición.

Ante la situación que estaba atravesando el pueblo, Lorenzo, les propuso a los vecinos la siguiente idea; colaborar en su reconstrucción.

Aunque por un primer momento el plan parecía muy descabellado, no se dudó ni un momento en ponerse en marcha, ya que solo así, se podría mantener en vida y en pie.

Cada uno de los vecinos empezó a aportar su “pequeño granito de arena” mientras algunos recolectaban las frutas y verduras de sus huertas para hacer las mejores, ricas y saludables conservas que luego venderían en la cooperativa del pueblo, otros labraban y limpiaban de ramas y malezas los campos que habían sido olvidados por aquellos vecinos que se habían marchado del pueblo.

Era fascinante ver a los prados recuperar ese color verde tan brillante y frescor que les caracterizaba.

Terminado el tiempo de cosecha y dado el éxito que tenía la venta en la cooperativa y en los pueblos de alrededor, decidieron exportar el producto fuera de nuestras fronteras. “Cristalita conservas” se popularizó y vendió

tan rápido que conseguimos los primeros ingresos para empezar con las mejoras y la re construcción del pueblo.

Poco a poco y gracias a la ayuda de los vecinos, fui cambiando y mejorando mi aspecto (se arreglaron calles, aceras, jardines, plazas y monumentos). Incluso se llegó a restaurar la Iglesia de San Benito, un lugar privilegiado, en ella se casó la primera pareja del pueblo; Vicenta y Paco. Lo celebraron a lo grande e incluso llegué a ver el nacimiento de sus 2 hijos; Marcos y Pedro, dos niños muy risueños que jugaban junto a otras niñas en la orilla del río.

Con el paso del tiempo, fue abierto el primer bar, la primera escuela, se amplió la fábrica de conservas, lo que supuso el regreso de viejos y nuevos vecinos que fueron contratados para trabajar las tierras y en la fábrica.

Sandro y Mario, procedentes de Barcelona eran los responsables del colegio y de enseñarles cada día a los niños y niñas la lección. A pesar de ser muy jóvenes, eran dos profesores encantadores, ya que explicaban como nadie la Historia de Cristalita.

Con los años, fui creciendo y acogiendo a nuevas familias con niños que venían dispuestos a cambiar sus viejas costumbres y conocer nuevas formas de vida.

Decenas de curiosos y turistas se veían pasear por las calles y parques del pueblo, hasta incluso tomando algún que otro café en la terraza del bar mientras sacaban fotografías que luego muy orgullosos mostraban.

¡Qué bello es vivir en mi pueblo! Decía una de las vecinas sentadas en uno de los bancos de la Calle Mayor al tiempo que conversaba con un turista, algo perdido y sorprendido por la gran belleza del lugar.

■ FIN